

Estado de emergencia

Alfredo Infantes Delgado

“...Queremos manifestar que la calidad de la enseñanza está viéndose afectada por problemas estructurales y sociales que la están haciendo pasar por uno de sus peores momentos, y donde los que menos culpa tienen, alumnos y profesores, son los que pagan las consecuencias”.

“...Los paradigmas del alumno maleducado están íntimamente unidas a la abstención electoral y a las corrupciones de la democracia representativa”.

Los dos textos han sido recopilados de la misma página del mismo periódico. El primero, es del profesorado de un Instituto de San Roque (Cádiz), y en él manifestaban su rechazo a las diversas situaciones violentas que se están produciendo en los centros de enseñanza. El segundo, es del lingüista norteamericano Noam Chomsky, citado en un artículo del poeta granadino Luis García Montero. A veces, a nuestro alrededor, nos encontramos personas que no ven más allá de sus narices. Porque hoy está resultando más común culpar de todo lo que está mal en nuestro sistema educativo, que no es poco, únicamente a las leyes que lo ordenan. Las anteriores, dicen, eran mejores, porque antes, siguen diciendo, no había tanto fracaso escolar, ni tanta falta de respeto al profesorado, ni tanta violencia como hoy.

Quienes así se manifiestan no se detienen a analizar los cambios sociales producidos en los últimos 30 años; cambios sociales provocados por una evolución (¿involución?) del modelo económico y que están afectando profundamente a la educación.

Efectivamente: la injusta e insolidaria globalización económica que estamos padeciendo (más los países del Tercer Mundo), la dictadura agobiante de ciertas redes de comunicación e información, el aumento de la inmigración, la permanencia de bolsas de pobreza, marginación y exclusión en nuestras ciudades y pueblos, etc., han provocado la afloración

de toda una serie de valores sociales y culturales como el individualismo, la soledad, la competitividad, el miedo al otro, la agresividad..., valores que crean multitud de conflictos en todos los ámbitos sociales y no sólo en el educativo, conflictos que se resuelven, por regla general, con el uso de la violencia. En estas circunstancias, aferrarse al pasado educativo para defenderse y rechazar el presente, no sólo es involucionista sino que nos puede llevar a situaciones rayanas con la esquizofrenia y, de hecho, provocar situaciones violentas en el medio escolar.

Y hoy ocurre que en muchas ocasiones, más de la cuenta, no nos percatamos de lo que tenemos entre las manos. Y queremos que nuestros alumnos y alumnas respondan de la misma manera que hace años, como respondíamos nosotros. Queremos que para ellos sea significativo lo que ha dejado ya de serlo. Y nos molestamos cuando nos lo rechazan. Nos cuesta trabajo reconocer que hoy el sistema educativo tradicional, el que aún existe, tiene perdida la batalla ante la televisión u otros medios, por ejemplo. Que hoy tienen más significatividad para el alumnado los contenidos que se inoculan por ellos que los que intentamos hacer aprender en nuestras aulas, independientemente de los valores de esos contenidos.

Las jóvenes personas que tenemos en nuestras aulas de manera más o menos estática durante cinco, seis o siete horas seguidas, recibiendo unos contenidos que no comprenden, que no les gustan, que están muy lejos de sus intereses cotidianos, que no son conscientes de que les pueda servir para algo, es decir, que no les son significativos, en muchas ocasiones se convierten en objetores de lo que en esas aulas se está haciendo, cuando no en auténticos beligerantes con ello. Y eso adobado con que hoy (afortunadamente) hay muchos más alumnos y alumnas en los centros, hasta una edad mayor, y con mucha mayor variedad (económica, cultural, racial...) que hace algunos años.

Y cualquier ley del sistema educativo, cualquiera de las reformas que se le quiera aplicar, cualquier profesional de la enseñanza que no tenga en cuenta esto, cualquier alumna o alumno que padezca esa situación, está abocado a estrellarse contra el muro de la realidad.

Si no se aplican todos los medios necesarios (económicos, de material y personales), si no se modifican realmente las estructuras organizativas de los centros, si no revisan profundamente los contenidos que el alumnado debe aprender, y si no se renuevan los métodos con que esos contenidos se deben impartir, la situación continuará deteriorándose y todos, absolutamente todos, habremos fracasado.

Y es demasiado notorio que hoy:

- Faltan todavía medios en muchos centros educativos, aunque se haya hecho un esfuerzo por parte de la administración, pero todavía insuficiente.
- Las estructuras organizativas se han degradado: la dirección de los centros se ha verticalizado y se ha convertido en una mera estancia intermedia burocrática de la administración; la participación democrática de la comunidad educativa en el centro es más una pantomima que una realidad; los sistemas de apoyo son escasos e inconexos, etc.
- Seguimos ofreciendo a nuestros jóvenes unos modelos culturales obsoletos y escasamente actualizados. ¿Cómo se puede pretender desarrollar el gusto por la literatura en una persona de 13 ó 14 años haciéndole estudiar la III Égloga de Garcilaso de la Vega?, sólo por poner un ejemplo.
- Y continuamos utilizando los cuatro muros del aula y el dogma del libro de texto como métodos fundamentales para enseñar.

Por todo esto, ¿no es lógico que se produzcan esas situaciones tan conflictivas en nuestros centros?, ¿no es lógico que el sistema educativo fracase?, ¿no es lógico que la sociedad entera esté en estado de emergencia?